

Tropa, ò llevado del amor à los suyos, ò de la costumbre de vivir en los barrancos.

Iva todo felizmente; y rezeloso el enemigo de las almas, al vér, que con tan buenos principios, tenia ya la verdad andado la mitad del camino, para triunfar del error, procuró impedirle los vuelos, esparciendo al publico, que los Indios, que llevaba el Capitán Protector, y Don Pablo Phelipe, no eran Nayeres, sino Indios fronterizos. El rumor passó de la Plebe à los oídos de los discretos, y luego le despreciaron, no siendo imaginable, que Don Juan de la Torre, que les conocia, llevassé à su Excelencia en negocio de tanto peso, en vez de la verdad un engaño, que seria un cargo de mala calidad, luego que se descubriera simulación tan perniciosa. Y assi proseguieron en cortejar, y acariciar à los Nayeritas aquellos Señores, en que sobrefalieron principalmente la benignidad del Señor Corregidor, y la bizarría del Señor Conde de la Laguna, ofreciendo este, como lo cumplió, al Capitán Protector los caudales, que juzgassé necessarios para los gastos de la jornada, y vistiendo de calamaco à los cinquenta Indios, que acompañavan al *Tonati*, à quien ya havia dado un vestido el Señor Corregidor. Mas viendo el Demonio, que no pudo lograr sus trazas por mano de los Nuestrs, para embarazar el viaje, tiró à retraher à aquellos timidos Barbaros, infundiendoles mil desconfianzas, y pintandoles tan grandes dificultades, y peligros en alejarse tanto de su Tierra, que los veinte, y cinco pidieron licencia, para restituírse à su Provincia, alegando tales pretextos, que se les huvio de conceder; todos los otros les huvieran seguido, à no poner freno à sus intentos el exemplo del *Tonati*, que manteniendose firme en proseguir el viaje, llevó trás sí à los otros veinte, y cinco, que quedavan, pudiendo mas, que su timidez, el respeto, con que veneravan à tan autorizada Persona.

Y

Y aunque no faltó quien le negasse al *Tonati* la superioridad à todos los Nayeres, pretendiendo, que no passava su jurisdiccion los territorios de su Rancheria, que era la de la Mesa, no tuvo otro fundamento, que la tenacidad, y arrojó del que havia formado este dictamen, porque desde el tiempo de Nayerit estuvo siempre anexo el gobierno Politico de toda la Provincia al sumo Sacerdote, que residia en la Mesa; y siendolo entonces el *Tonati*, fué capricho negarle la superioridad, y mas quando la misma obediencia de los que le siguieron, y aun la reverente propuesta de los que le desampararon, manifiesta, que reconocian en él algun caracter, que les obligava à obedecerle, y acompañarle en el viaje à Mexico. Salió por fin ázia esta Imperial Ciudad de Zacatécas en compañía, no solo del Capitán Protector, y de Don Pablo Phelipe, sino tambien del Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion, que influyó, y trabajó no poco, para que se lograsse esta empresa, dexando su casa, por hazer este servicio à Dios nuestro Señor, y à nuestro Catholico Monarca, y à toda esta Septentrional America, abandonando su fofiego por atender à la quietud de este tan dilatado Reino.

## CAPITULO X.

*RUIDOSA ENTRADA DEL TONATI EN  
la Corte de Mexico, donde el Señor Marqués  
de Valero consigue los primeros triumphos  
de su obstinacion.*

L Legó con felicidad el *Tonati* con toda su Tropa Nayerita, cortejado del Capitán Protector Don Juan de la Torre, y del Capitán Don Santiago de la Rioja à la Corte de Mexico por el Mes de Febrero,  
L de

de mil setecientos veinte, y uno. Y siendo cabeza esta gran Ciudad del vastissimo cuerpo de esta Septentrional America, con el conjunto de maravillas, de que se compone, no solo por lo primoroso de su arquitectura, sino por la universalidad de novedades, que hazen, y dan recomendacion à su grandeza, dexó pasmados ya con su primera vista à estos sus nuevos huespedes, à quienes aun mas que toda esta suntuosidad admiró, y suspendió el tropel, y numeroso concurso de Españoles, que veían, y de que podian formarse Exercitos, no solo para conquistar su rebeldia, sino para acabar con todos sus Paisanos. Aunque bien alicionados con su astuta sagacidad lo disimulavan, guardando las reflexas de sus discursos mui reservadas con el silencio, sin que se les assomassen en su semblante.

Fué mui ruidosa la novedad, que causó la venida de los Nayeritas en los animos Mexicanos; porque no solo picó la curiosidad en la gente plebeya, que corria à tropas à verles, sino que movió aun à los Señores, y Señoras de primera classe, para dever al examen de sus propios ojos el informe, que facilmente abulta la exageracion, quando se escucha en agenas lenguas. Y passando la fama de las casas à los claustrros, sacó el ardiente zelo à muchos Venerables Religiosos, y Sacerdotes de su sagrado retiro con el deseo de ir à vér, si eran capaces de domesticarse los que la comun voz publicava indomitas fieras. No se hallava entonces en la Corte el Señor Virrey, por haver baxado à Xalapa, para acudir prontamente, como lo acostumbra, à donde le llamava su obligacion; pero luego, que tuvo aviso de haver llegado el *Tonati* à Mexico, escribió, ordenando à los Oficiales Reales, que buscassen Casa capáz al número de los huespedes, donde estuyessen con decencia, y con alivio, assi ellos, como los Capitanes Don Juan de la Torre, y Don Santiago de Rioja sus Conductores;

y.

y que no solo les visitassen en su nombre; sino que tambien les assistiesen con todo lo necessario. Todo lo executaron con puntualidad aquellos Cavalleros, assi por hazer este servicio à Dios, como por lisongear el zelo, y piedad de su Excelencia, que no tardó muchos dias en cumplir los impacientes deseos, con que le esperavan los Nayeres, por estar ya inclinados à la gratitud los que tan de antemano se veían favorecidos.

Acertó à estar la Casa, en que se havian hospedado los Indios, en la calle, que sale al celebre Santuario de Guadalupe, por donde havia de entrar su Excelencia, y quando ya se afrontava à la Casa, salieron à la puerta los Nayeritas, puestos mui en orden, y el *Tonati* à un balcon, donde se mantuvo con seriedad Magestuosa. Luego que conoció por el aviso de los que le assistian al Señor Virrey, le hizo con despejo, y gravedad, que en él era como natural, tres successivas reverencias, devriendose en gran parte à la instruccion, à que su Excelencia correspondió con la afabilidad, que le enseñó siempre la generosidad de su Espiritu. Al punto se retiró el *Tonati*, levantando al mismo tiempo los demás Indios un grande alarido, de que usan indiferentemente quando pelean, y quando cortejan. El dia siguiente envió su Excelencia un Sastre, para que le hiziesse un vestido à la moda, y trage, que le agradasse, y se lo cortó mui costoso à la Española, à lo que sin duda se inclinó por el afecto, que tenia à los Españoles, à quienes por lo menos jamás se le reconoció averfion. Se le hizo tambien una capa de grana, frangeandola igualmente, que à la casaca un bellissimo galon. Mandó tambien su Excelencia, que se le dieffe una silla bordada, para quando montasse à cavallo.

Y quando le concedió la primera Audiencia, le entregó en retorno del que él ofreció reconocido à su Rey un baston de maque con casquillos de oro de Chi-

L 2

na

na curiosamente labrado: demonstraciones todas de tanta benignidad, y agrado, que bastaron, para que los Nayeritas quedáran no solo voluntarios, sino agradecidos prissioneros; y quando lograron el ponerse la primera vez à los pies de su Excelencia, aunque con la novedad les embargó las atenciones el susto, y el respeto, la experiencia de tan agradable afabilidad les dió tan grande aliento, que no solo depusieron la turbacion, sino que con notable despejo despues de las primeras cortefanas salutaciones del *Tonati*, que exponian en nuestro idioma los Interpretes, se arrodillaron los Nayeres todos con su Principe, ofreciendo à su Excelencia con humildes sumisiones cada uno una flecha en señal de su rendimiento, y obediencia, siendo este el primer triumpho, que el Señor Marqués consiguió, dexando casi à la barbaridad defarmada. El *Tonati*, para significar su reconocimiento à nuestro Monarca, puso à los pies de su Excelencia, y ofreció el baston, que llevaba, y la corona de plumas, que le distinguía de los otros. El Señor Virrey se entendió entonces con tal primor con su natural agrado, que no pudo tener queja lo soberano, aceptando aquellas señales, con que protestaban la sujecion, como Vassallos à nuestro Rey: dióles à entender, que en su Real nombre les perdonava qualquiera delito, que huviesse cometido, ò su malicia, ò su inadvertencia, y que estava pronto à hazerles las mercedes, que sin queja de lo licito quisiesse demandar: assi les abrió la puerta, para que con mayor confianza le presentasse el *Tonati* un papel, ò memorial, en que le expressava sus quejas, y sus peticiones; y havia sido el motivo principal, que les havia sacado de su tierra, aunque dissimulado con la mascara de la obediencia, que protestaban venir à dar à su Magestad.

Recibió su Excelencia el memorial; y señalándoles dia, para que bolviessen por la respuesta, les despidió

pidió no menos agradecidos, que admirados de la benignidad, con que les havia favorecido. En la segunda Audiencia, à que acudieron puntuales el dia aplazado, no solo quedaron admirados, sino aun confusos; porque quiso el Señor Marqués de Valéro, à imitacion del de Lombai San Francisco de Borja, que dió lecciones à los Virreyes, para saber hermanar con la soberanía lo humano, arrastrando de esta suerte los afectos de sus Vassallos; quiso, digo, añadir à las caricias, que ablandan la voluntad, aquellas eficazes razones, que saben rendir el entendimiento, hablandoles discretamente tan al vivo, que ya les empezava à parecer bien la verdad, y à darles en rostro sus errores. Y porque la fragilidad de la memoria podia hazerles olvidar lo que les dezia, juntamente con el despacho, en que les concedia todo lo que deseavan, y en que dexava abierta la puerta, para concederles nuevos privilegios en caso, que abandonassen sus engaños, les dió un papel, que havia dispuesto su zelosa erudita discrecion, dandoles tanta luz, que no pudieron resistir las tinieblas de su ceguedad. En él, despues de hazerles demonstracion, de que adoravan en el Sol al Demonio, y de que el Sol era obra del verdadero Dios Criador, y Artifice Supremo de Cielos, y Tierra, les requiere, y exhorta, à que, haviendo dado la obediencia à nuestro Rey, y Señor Don Phelipe V, se la dén, para mas gratificar à su Magestad, al verdadero Rey de los Reyes, sujetando el cuello al suavissimo yugo de su Santa Ley. Siento no haver encontrado esta piadosa discreta fabia obra, para trasladarla à esta Historia, en que se vieran tan hermanada la discrecion, y el zelo con una eloquencia christiana, y con tanta alma, que en qualquiera juizioso Tribunal, se diera à conocer en el cuerpo de sus clausulas, que le animava el Espiritu de un Borja, y que este Virrey de la nueva España, sabia à imitacion del de Cataluña, manejar el baston

baston tan bien, como la pluma, quando lo pedia la gloria de Dios, y el bien de la Monarquia.

Los Indios, aunque al oír este papel, que les leyó, y explicó Don Pablo Phelipe, estuvieron confusos, y perplexos, convencidos con la fuerza de la razon comenzaron à sospechar del engaño, y à pocos lanzes se mostraron tan deseosos de su remedio, que suplicaron à su Excelencia, que los Ministros, que se destinassen para su instruccion, y enseñanza fuesen Padres Prietos; nombre, con que aun en la Vizcaya diciernen los Indios à los Missioneros de la Compañia de Jesus. Repitieron ahora los Nayeritas la suplica, que en años passados presentaron à la Real Audiencia de Guadalaxára algunos de su misma Nacion, pidiendo Missioneros Jesuitas, quando llegasse el tiempo de reducirse, de que davan entonces algunas esperanzas. Assi consta de papeles juridicos, que se guardan en los Reales Archivos, y lo supimos de boca del Señor Licenciado Don Fernando de Urrutia, Oídor, que era mas antiguo en aquel Sabio Senado, y del Señor Licenciado Don Juan de Oliven Revollo Oídor, que fué tambien de la misma Real Audiencia.

Luego que el Señor Virrey oyó de boca de estos Barbaros por medio de sus Interpretes la resolucion, que despues de haverla conferido repetidas vezes havian tomado, aprobando su acertado dictamen, les añadió tales razones, que quedando nuevamente ilustrados, encontró su voluntad nuevas amarras, para no dexarse arrastrar de la veleidad de su natural inconstancia, y para mantenerse firmes, rebatiendo el temor, que les fingia castigos de sus falsos Dioses. Aseguróles la Real proteccion, y les prometió en su nombre nuevas mercedes: favor, que acabó de aficionarles à nuestra Santa Religion. Y viendo su Excelencia, que estaban ya transformados estos lobos en mansos corderos, y resueltos à entrar en el reba-

ño

ño de la Iglesia, era ya tiempo, que se presentassen al Pastor. A esse fin ordenó à Don Juan de la Torre, y al Capitán Don Santiago, que les conduxessen à los pies de su Ilustrissima el Reverendissimo Señor Maestro Don Frai Joseph Lanciego, y Eguilaz gloria de la siempre illustre, y esclarecida Religion del gran Padre San Benito, y dignissimo Arzobispo de Mexico.

Luego que vió aquel zelosissimo Prelado tan rendidas aquellas fieras, y supo por los Conductores la docilidad, con que se havian ofrecido à abrir las puertas à la luz Evangelica, dandoles repetidas bendiciones, se le assomó al semblante todo el gozo, que ya no cogia en su grande corazon, y con santas eloquentes palabras aplaudió su acertada determinacion, les exhortó à llevarla adelante, y à perseverar constantes hasta lograr, que la siguiessse toda su numerosa Nacion. Despidióles con tales muestras de amabilidad, que salieron de aquel Palacio no menos gustosos, por lo que les favoreció su Paternal benevolencia, que reverentes, por lo que comunica de respeto aun à los Barbaros tan alta Dignidad. El Señor Marqués, viendo à los Nayeres tan reducidos, no quiso, que con la dilacion se entorpeciesse aquel tan importante, como deseado negocio. Trató de reducir con brevedad à la practica, lo que se havia discutido mas conducente para el logro feliz de aquella empresa.



CA-